

Citar: Apellidos, N. (2015) "Título", en: González García, E.; García Muñoz, A.; García Sansano, J. e Iglesias Villalobos, L. (Coords.). *Mundos emergentes: cambios, conflictos y expectativas*. Toledo: ACMS, pp.

URBANISMO NEOLIBERAL Y MOVILIZACIÓN CIUDADANA EN LA CIUDAD DE VALENCIA: LOS BARRIOS DE EL CARMEN Y EL CABANYAL

Pedro García Pilán. *Universidad de Valencia*

Resumen

El objetivo es analizar algunas formas de resistencia al urbanismo neoliberal practicado en la ciudad de Valencia durante las últimas décadas, centrándonos principalmente en dos de los barrios donde se han articulado algunos de los movimientos vecinales más significativos. El estudio se basa en entrevistas, análisis documental y observación participante, y se divide en tres partes: en la primera se presentan las características principales del urbanismo en Valencia, y se hace un repaso a las principales formas de oposición ciudadana al mismo. En la segunda se analiza de manera más detallada El Carmen; barrio céntrico y de población envejecida que, tras atravesar un fuerte proceso de degradación, se ha visto rehabilitado de manera insuficiente, debido a la relegación a que el Ayuntamiento ha sometido al centro histórico, al dedicar inversiones y políticas culturales a un urbanismo basado en grandes monumentos y eventos, orientados hacia la franja marítima de la ciudad. Con un importante legado arquitectónico y artístico, el movimiento vecinal se ha expresado principalmente en forma de reivindicaciones patrimoniales, lo que proporciona una perspectiva de lugar que le nutre de identidad, al tiempo que permite ubicarlo en la dinámica global. En la tercera parte se estudia El Cabanyal, barrio marítimo con un alto sentimiento de identidad diferenciada, cuya existencia no encaja en el modelo urbanístico, lo que llevó a elaborar un plan de expropiación masiva y demolición, que ha supuesto tanto un fortísimo proceso de degradación (apuntalado mediante “políticas del miedo”) como la emergencia de un fuerte movimiento vecinal. Su análisis permite comprobar cómo la movilización ciudadana asume un variado repertorio de formas y estrategias, y pone de relieve cómo las reivindicaciones patrimoniales pueden tomar un decidido carácter político, en tanto que implican un proyecto de ciudad y un modo de vida alternativo al neoliberal. La comparación entre ambos barrios permite constatar que, aunque sus respectivas movilizaciones encajan en la categoría de “movimientos sociales urbanos”, hay importantes diferencias, derivadas de la específica configuración social de cada uno: si bien en ambos casos las luchas se oponen al modelo urbanístico dominante y se basan en la defensa de bienes simbólicos, en el segundo se trasciende más explícitamente que en el primero el conservacionismo identitario, de carácter reactivo, articulándose una más proactiva reivindicación del “derecho a la ciudad”, basado en una mayor justicia social y espacial.

Palabras clave: Valencia, urbanismo neoliberal, movimientos sociales urbanos, políticas del miedo, patrimonio cultural, justicia espacial

INTRODUCCIÓN

EL URBANISMO NEOLIBERAL DE LA “NUEVA VALENCIA” Y LAS RESPUESTAS CIUDADANAS

Los fenómenos urbanísticos promovidos por el desarrollo de ese modelo económico y político que hemos convenido en llamar “neoliberalismo” han suscitado, desde hace ya algún tiempo, el interés de los estudiosos. Así, se han puesto de relieve los procesos globales de dualización social y las nuevas formas de segregación espacial (Castells, 1995; Wacquant, 2007; Harvey, 2013), habiéndose llegado a hablar recientemente de “ciudad de los ricos y la ciudad de los pobres” (Secchi, 2015). Por otra parte, no han faltado autores que, intentando afinar estas perspectivas, han hablado de un “neoliberalismo realmente existente” que, en sus concretas plasmaciones urbanas, depende estrechamente de las especificidades del contexto y la trayectoria histórica de cada ciudad (Peck, Theodore y Brenner, 2009), pues, como el propio Harvey ha señalado (2009: 97-130), el mapa de la neoliberalización es móvil considerando incluso grandes zonas geográficas. De este modo, aun dentro de unas tendencias globales, se pueden encontrar notables diferencias en los desarrollos del urbanismo neoliberal entre las ciudades asiáticas y las norteamericanas, o entre estas y las europeas. Pero incluso a escala estatal se han podido apreciar diferencias, como se ha constatado, por ejemplo, al comparar los impactos sociales del urbanismo neoliberal en las ciudades de Barcelona, Bilbao y Valencia (Cucó, 2013), lo que se explica por la exacerbación de un modelo privatizador y excluyente, que ha actuado sistemáticamente durante más de dos décadas en detrimento de los intereses de las clases bajas (Torres Pérez y García Pilán, 2013).

Basado en el lema “pensar a lo grande”, y al viento de una coyuntura económica favorable, el gobierno conservador de la ciudad, en el poder desde 1991 hasta 2015, se lanzó a la exitosa construcción de una “nueva Valencia” (Boira, 2011: 342-343) cuyo urbanismo ha pivotado sobre los grandes eventos (como la visita del Papa en 2006 o la *America's Cup* de 2007 y 2010) y las grandes construcciones que, de la mano de “arquitectos estrella” como Santiago Calatrava (Moix, 2010: 37-81), han conseguido desplazar la centralidad simbólica de la ciudad de los barrios del centro histórico hacia los nuevos edificios de la modernidad valenciana, de los cuales la exitosa Ciudad de las Artes y las Ciencias ha sido, sin duda, el icono más emblemático. Este paso en el imaginario urbano de una Valencia “de huertas y barracas” a otra de “galaxias faraónicas” (Santamarina y Moncusí, 2013a), orientado hacia la gentrificación de la franja marítima de la ciudad (Cucó, 2014) y basado en la turistización selectiva y en lo que, siguiendo a Muñoz (2009) podemos llamar la “festivalización” de las políticas urbanas, ha conseguido unos notables niveles de hegemonía que sólo últimamente, con la fuerte crisis económica que ha sacudido a la economía valenciana, parece haberse resquebrajado. Lo que resulta lógico, teniendo en cuenta que los niveles de la actividad constructora en Valencia han sido definidos como “la caricatura de una realidad que ya en sí misma es caricaturesca” (Borja, 2013: 331). Y es que la dimensión en esta ciudad de esa específica articulación de intereses que alía a promotores, constructores, propietarios del suelo y poder político, y que siguiendo a Secchi (2015: 11) podríamos llamar “bloque inmobiliario”, ha sido de tal importancia que se ha llegado a hablar de una “burguesía cementera” hegemónica capaz de articular un “bloque histórico” (García, 2004: 123). La ausencia o marginación de cualquier forma de participación ciudadana en la configuración de este peculiar “régimen urbano” (Díaz Orueta, 2010) es una de sus principales características; la creación de barrios de alto *standing* sería otra de ellas (Cucó y Yeves, 2013).

Pero si el neoliberalismo ha constituido desde sus comienzos “un proyecto para lograr la restauración del poder de clase” (Harvey, 2009: 23), lógicamente los antagonismos derivados del proceso han provocado la emergencia de múltiples movimientos ciudadanos. Desde esta perspectiva, hemos asistido a un renacer de los movimientos sociales urbanos, estudiados décadas atrás por autores como Castells (1986), pero rearticulados ahora sobre nuevas demandas, nuevos actores y nuevas fórmulas.

Al respecto, Valencia se revela como un caso bien elocuente: las agresiones al territorio han caracterizado hasta tal extremo a todo el País Valenciano que en defensa del mismo han surgido, pese a la indiscutible hegemonía conservadora mantenida ente 1991 y 2015, múltiples movimientos sociales que han tenido precisamente la defensa del territorio como objetivo declarado de sus intereses (Cucó, 2009). Ciñéndonos aquí exclusivamente a los movimientos surgidos en el seno de la ciudad, y siguiendo a Cucó (2009), vemos que estos se han originado en torno a tres bloques, los dos primeros basados en una clara localización geográfica, y el tercero sobre una matriz más sectorial: en primer lugar, encontramos territorios anexionados a finales de la ciudad a finales del siglo XIX. Se trata aquí de un espacio periférico especialmente maltratado, donde el olvido administrativo y el fuerte sentimiento de identidad diferenciada se han combinado para dar como resultado un tipo específico de conflicto urbano (como veremos más adelante, los Poblados Marítimos son el más claro exponente de esta tipología). En segundo lugar, encontramos los barrios del centro histórico de la ciudad, sometidos a un claro proceso de abandono desde mediados del siglo XX, los conflictos derivados del cual se combinan con los procedentes de la proliferación de lugares de ocio nocturno. Un tercer foco se concentra en torno a determinadas obras singulares, como el nuevo estadio de Valencia C.F., el edificio de la antigua Tabacalera, o el más emblemático de todos, el articulado en torno a la salvación del Jardín Botánico, que al final ha obtenido una notable victoria ante los tribunales. Aquí podríamos añadir conflictos más novedosos, derivados de equipaciones que unos pocos años antes no eran consideradas peligrosas, pero a las que las nuevas y más sutiles sensibilidades se oponen en un tipo de protesta que une las demandas de dimensión medioambiental con la reivindicación de los derechos del consumidor (Jiménez Sánchez, 2005: 137): el movimiento iniciado en 2005 en torno a la subestación eléctrica de Patraix, al suroeste de la ciudad, merecería un estudio más específico al respecto (ver <http://www.subestacionpatraixfuera.com/>). Y aún habría que añadir otros conflictos poco o nada estudiados, como los derivados de la acción del movimiento okupa (Collado Cerveró, 2007).

Me ceñiré aquí al análisis de los dos primeros tipos de conflicto, concretamente a los movimientos que han encarnado algunas de las movilizaciones más significativas dentro del variado mosaico que ha florecido en el seno de la ciudad. La hipótesis que ha guiado la investigación es que, dentro de las nuevas reivindicaciones, las que se articulan en base a la defensa de elementos del patrimonio cultural (material o inmaterial), trascienden su base cultural o identitaria para resignificarse con un carácter más o menos declaradamente político, que tiene mucho que ver con la vieja reivindicación del “derecho a la ciudad” (Lefebvre, 1969) o a la más reciente idea de la “justicia espacial” (Soja, 2014).

Mediante una metodología cualitativa, que combina entrevistas en profundidad, observación y análisis documental, se analizará en primer lugar la evolución del barrio de El Carmen y el principal conflicto surgido en el mismo. Después, se pasará a un barrio periférico (El Cabanyal), donde se ha librado la principal batalla vecinal y ciudadana contra el urbanismo neoliberal impuesto por el Ayuntamiento de la ciudad (batalla que, en el momento de redactar estas páginas, parecen haber ganado, a costa de mucho esfuerzo, los vecinos, como resultado del cambio de gobierno local tras las elecciones de mayo de 2015).

EL BARRIO DE EL CARMEN: REIVINDICACIONES PATRIMONIALES Y LUCHAS CIUDADANAS EN UN CENTRO HISTÓRICO RELEGADO

El Carmen es un barrio céntrico que hunde sus raíces en el pasado medieval de la ciudad. Caracterizado, desde el punto de vista de su composición social, por el predominio de las clases bajas y medias-bajas (Hernández i Martí y Torres Pérez, 2013), su legado histórico hace que en el mismo (o

en los barrios colindantes) se concentre buena parte de lo que hasta hace bien poco era lo más significativo de la arquitectura y el patrimonio artístico de Valencia: la Lonja, la Catedral, la Basílica de la Virgen de los Desamparados, etc. A partir de la riada que inundó la ciudad en 1957 estos barrios sufrieron un proceso de envejecimiento, despoblamiento y deterioro urbanístico hasta que, a principios de los años ochenta, se inició un heterogéneo proceso de terciarización y una lenta renovación urbana. La administración y el poder político autonómico se instalan en diversas casonas y palacios, y se levantan distintos equipamientos, como el Instituto Valenciano de Arte Moderno (IVAM). En la década de los noventa, el proceso de renovación continúa con el Programa RIVA (Rehabilitación Integral de Valencia), con algunas (escasas) actuaciones integrales, la reforma y peatonalización de algunas plazas y calles, etc. En estos años se consolidan dos nuevos sectores del vecindario: por un lado, profesionales jóvenes atraídos por la centralidad y la supuesta “autenticidad” del barrio (es decir, vinculados a nuevos estilos de vida de las hasta hace bien poco emergentes nuevas clases medias); por otro, inmigrantes extracomunitarios que se instalan en la trama de vivienda más barata (Torres Pérez, 2007). En 1998 (el mismo año que el Ayuntamiento redoblaba su apuesta por la Ciudad de las Artes y las Ciencias), no se renovó el Programa RIVA; posteriormente, bajo la denominación de RIVA II, se encuadra un conjunto de ayudas y normas para la renovación u obra nueva, pero todavía hoy el Centro Histórico no dispone de un plan integral. Hay que pensar que, en términos de acumulación de capital, la renovación del casco histórico es un proceso mucho más largo, costoso y complejo que el beneficio fácil de los grandes proyectos y los nuevos barrios acomodados, como el que se crea en torno a la Ciudad de las Artes y las Ciencias (Cucó y Yeves, 2013). En todo caso, desde hace más de dos décadas, El Carmen se ha consolidado como espacio de ocio nocturno de la ciudad; a la heterogeneidad de su vecindario por edad, condición social y origen nacional, se suma la de sus visitantes y usuarios, que van a ellos a comprar, realizar alguna gestión o divertirse. Sus calles y plazas muestran pues una diversidad de sociabilidades y actividades, con públicos muy diversos.

También el patrimonio etnológico de estos barrios destaca por su riqueza: en primer lugar, porque es aquí donde se ubican algunas de las Fallas más emblemáticas de la ciudad, lo que no sólo implica un capital festivo de suma importancia, sino que la presencia del ritual sería inconcebible sin la presencia de un entramado humano que vertebra su celebración a lo largo de todo el año: los casales falleros, nódulos centrales de la sociabilidad formal de la ciudad. Otras fiestas se celebran en este mismo escenario, como Corpus Christi, de gran importancia histórica y de importante valor patrimonial, o la de la Virgen de los Desamparados, de gran importancia para toda la ciudad. Hay que insistir en que este barrio es un punto neurálgico como zona de ocio, lo que refuerza su papel simbólico dentro del imaginario urbano, alternándose con ello nudos formales e informales, más o menos fluidos pero siempre constantes, con la consiguiente repercusión en la creación y recreación de específicas identidades territoriales. Identidades que se ven reforzadas constantemente por pequeños monumentos, placas conmemorativas, etc., que contribuyen a la creación de lo que Pierre Nora (1984) denominó “lugares de memoria”, constituyéndose así el barrio en un territorio en buena medida semantizado para sus vecinos: recordando a Halbwachs (2014), podemos comprobar cómo, a través de las piedras, el tiempo y el espacio se articulan nutriendo la memoria del mismo.

Sin embargo, como se ha hecho notar en otro lugar, “la consideración oficial del patrimonio cultural del centro histórico popular participa de una relevante paradoja que afecta al conjunto del patrimonio cultural valenciano, pues las políticas culturales en esta materia destacan por una acusada retórica patrimonializadora que excede con mucho a los resultados reales, en cuanto a inversiones, gestión de expertos y actuaciones” (Hernández i Martí y Torres Pérez, 2013: 35). Y es que, frente a la apuesta por

la Valencia global y modernizadora, el Centro Histórico “ha ido quedando relegado a la condición de decorado o escenografía, cuya función es aportar un pedigrí histórico-cultural a lo que las políticas culturales municipales y autonómicas han considerado como el principal activo cultural para la proyección externa de la ciudad” (Hernández i Martí y Torres Pérez, 2013: 35). Es decir, el centro histórico ha pasado a ocupar un lugar secundario, un mero complemento a lo que el turista debe verdaderamente ver (la Ciudad de las Artes y las Ciencias y todo el complejo de grandes obras ligado a la misma) y a lo que debe nutrir el moderno imaginario de los valencianos. Como decía uno de nuestros informantes en una entrevista: “el Ayuntamiento de Rita Barberá (...) su cabeza está fuera del centro histórico, está completamente en la Ciudad de las Artes y las Ciencias” (traducido del valenciano).

Teniendo en cuenta la trayectoria y la relegación sufrida por estos barrios, no resulta extraño que hayan surgido numerosas formas de protesta, algunas surgidos incluso de un campo tan poco proclive al conflicto político como el festero: así, aunque el mundo fallero se ha sumado mayoritariamente a la euforia hegemónica de la ultramodernidad valenciana, no han dejado de aparecer fallas críticas con las insuficiencias que sufre el barrio o con las políticas prevalecientes en la ciudad (Santamarina y Moncusí, 2013b: 113). Por otra parte, también el carácter de zona de ocio ha provocado conflictos vecinales, derivados del ruido nocturno y la necesidad de reglamentar horarios, etc. Se trata aquí, claramente, de protestas de carácter reactivo, estrictamente local, que no llegan a articular un verdadero movimiento social (Castells, 1986). Sin embargo, la principal movilización ha venido derivada de una reivindicación patrimonial: la lucha mantenida alrededor de la muralla musulmana del barrio desde el año 2003 y durante buena parte de la pasada década (ver <http://lamuralladelcarmen.blogspot.com.es/>). Este caso, vinculado al Plan RIVA, consistió en un proyecto que, entre otras cosas, expulsaba a varias decenas de vecinos de sus casas. Se inicia así un movimiento que promueve, aparte de protestas en la calle de diverso tipo, centenares de alegaciones basadas, entre otras legislaciones, en la Ley de Patrimonio Cultural Valenciano. Se crea una Plataforma Ciudadana, y se montan talleres de arquitectura, se toman diversas iniciativas artísticas de dinamización y de regeneración del espacio del barrio, sin abandonar nunca la protesta vecinal en la calle (Montesinos, 2006). De este movimiento cabe destacar que, aunque un objetivo declarado es “poner en valor la muralla islámica para disfrute de los ciudadanos” (Montesinos, 2006: 120), también defiende la necesidad de mantener el tejido social del barrio, al tiempo que valora el modo de vida existente en el mismo como propuesta alternativa al urbanismo mercantilizado dominante. Esto permite que, junto a su persistencia en el tiempo y su relativa articulación con otros movimientos locales (Cucó, 2009), podamos entender al movimiento vecinal desde la perspectiva de los denominados “nuevos movimientos sociales”; sin embargo, su estancamiento durante los últimos años nos induce más a considerarlo, dentro de la tipología de movimientos de reivindicación del patrimonio propuesta por Hernández Ramírez (2008), como un caso de “entidades conservacionistas o de resistencia”; un tipo de movimiento que ha tenido éxito fundamentalmente en centros históricos, y cuya concepción del patrimonio cultural es un tanto restrictiva. En todo caso, anticipa algunas cosas que, de manera multiplicada, han sucedido, como veremos a continuación, en el barrio de El Cabanyal: no en vano, afirma uno de los ideólogos del movimiento: “los ciudadanos son el primer patrimonio de la ciudad” (Montesinos, 2006: 136).

EL CABANYAL: LA LARGA LUCHA DE UN BARRIO DESHAUCIADO

El Cabanyal-Canyamelar (hablaremos aquí únicamente de “El Cabanyal” por economía de lenguaje), es un barrio periférico, de orígenes marineros y extracción social humilde, con un alto grado de

identidad colectiva, producto tanto de su situación geográfica, claramente delimitada dentro del conjunto de la ciudad, como de su historia como municipio independiente hasta finales del siglo XIX (Boira, 1987). Con una trama urbana característica y única en el conjunto de la ciudad y múltiples edificios emblemáticos, el barrio fue declarado en 1978 Conjunto Histórico-Artístico; en 1988 el PGOU de Valencia lo declaraba Conjunto Histórico Protegido; en 1993 la Generalitat Valenciana lo declara Bien de Interés Cultural; y, para culminar, en 2007 es declarado Bien de Relevancia Local (Cerveró, 2014: 23-24). Sin embargo, todo estos factores no han bastado para impedir una situación extrema de deterioro inducido desde el gobierno local, acompañada de una situación de creciente conflictividad social: la causa es el proyecto por parte del Consistorio de destrucción de gran parte del barrio a través de la prolongación a través del mismo de la avenida de Blasco Ibáñez hasta el mar, operación urbanística que supondría la demolición de un importante número de viviendas (más de mil quinientas) y el desplazamiento de numerosos vecinos fuera del barrio. Y es que la situación estratégica del mismo, por su proximidad a la zona del Puerto y a la Ciudad de las Artes y las Ciencias, hace de El Cabanyal una pieza fundamental dentro de lo que sería un eslabón más del voraz proyecto urbanístico neoliberal valenciano: aparte de las posibilidades económicas desde el punto de vista inmobiliario de tal operación gentrificadora, no hay que perder de vista el hecho de que el megaproyecto de “Balcón al Mar”, que homogeneizaría el Frente Marítimo con la Ciudad de las Artes y las Ciencias, deja escasas posibilidades de supervivencia a un barrio popular basado en un patrimonio urbanístico que no encaja en la nueva arquitectura valenciana (Ruiz Torres y García Pilán, 2013; Santamarina, 2014). Se trata claramente de relaciones diferenciales de poder: el “bloque inmobiliario” choca contra la voluntad de miles de ciudadanos, que se ven despojados de sus casas en un caso evidente de acumulación por desposesión característico del urbanismo capitalista (Harvey, 2013).

De este barrio hay que destacar, en primer lugar, su peculiar morfología: calles largas y estrechas, paralelas a la línea de la playa, contrastan en el plano con una ciudad que ha crecido fundamentalmente en base a círculos concéntricos (Boira, 1987: 14-19). Tal disposición urbanística, unida al aislamiento físico hasta finales de los noventa del siglo pasado, habría devenido en la construcción de un fuerte sentimiento de unidad vecinal: “La sensación de unidad vecinal viene dada pues, tanto por su relativa homogeneidad física y su ‘compacidad’ morfológica (organización en largas calles paralelas, claramente diferentes de su entorno), como por la claridad de sus fronteras. Este hecho, viene a reforzar la sensación de ‘barrio’, de unidad vecinal claramente definida, que es una de las características del Cabanyal-Canyamelar” (Boira, 1987: 76). Ha sido éste, además, un barrio con un positivo nivel de percepción de las relaciones humanas establecidas en su seno, cuyos habitantes confieren una elevada importancia al contacto social con sus vecinos: se ha podido decir que conforma “una unidad bastante homogénea, tanto en su historia, como en su urbanismo y en la imagen creada del mismo en la mente de sus habitantes. Un barrio preocupado eminentemente por las relaciones sociales, por la unidad vecinal y por las señas de identidad peculiares. Un barrio que, como reflejando su propia estructura y morfología interna en la cara opuesta de un espejo, se reconoce en sus calles. Vive en sus calles. Pasea, recuerda y describe a través de sus calles” (Boira, 1987: 104).

Una historia común, un satisfactorio nivel de relaciones vecinales y una situación hasta tiempos muy recientes de aislamiento físico respecto a la ciudad han provocado un sentimiento de identidad diferenciada respecto al resto de la ciudad: no es de extrañar, pues, que aún hoy sea frecuente escuchar expresiones como “*me’n vaig a València*” (me voy a Valencia) para indicar un desplazamiento hacia el interior de la misma. Tal identidad se ve reforzada, además, por la existencia de un gran ritual

festivo propio, cuya importancia en términos de recursos humanos y capital simbólico lo sitúa como el segundo en importancia de la ciudad: la Semana Santa Marinera (García Pilán, 2010). Nos encontramos pues ante un territorio altamente semantizado, plagado de edificios más o menos monumentales (pueden ir desde una iglesia hasta un horno) pero altamente significativos para los habitantes del barrio, de placas conmemorativas y de un callejero inspirado en buena medida en la historia local; contribuyendo todo ello a construir una memoria colectiva sobre un territorio bien concreto. Un denso entramado asociativo dedicado a múltiples actividades (vecinos, cofradías, casales falleros, Ateneo Cultural, sociedades musicales, etc.), contribuye a reforzar el fuerte sentimiento de identidad que, de manera altamente contrastiva, se ha basado también históricamente en una idea de abandono respecto a la ciudad de Valencia (García Pilán, 2010).

Sin embargo, en los últimos años, atrapado en el centro de la estrategia de actuaciones territoriales orientada a la gentrificación y turistización del frente marítimo (Gómez Ferri, 2004; Cucó, 2014), el barrio ha sufrido una serie de transformaciones que han tenido un notable impacto, tanto en la composición de su vecindario como en sus formas de sociabilidad y convivencia. Así, se ha visto poblado de manera creciente por población marginal (en muchos casos de origen extranjero), lo que, junto al tráfico de drogas y aumento de la delincuencia, ha provocado conflictos entre el vecindario. La reorganización simbólica del territorio, que se ha percibido como seguro durante la mayor parte de la vida de los vecinos, y que deviene un espacio peligroso, ha provocado una pérdida de identificación del barrio como territorio propio. La inseguridad, pues, provoca el desencuentro en un espacio público que, así, se va reduciendo; además, con la evitación de espacios y la fractura territorial las sociabilidades se fragmentan también, produciéndose una dualización o segregación del barrio en pequeñas zonas. Progresivamente, El Cabanyal se convierte en un lugar menos compartido en términos tanto culturales como de estructura social: se produce una versión de esa “polarización por abajo” que Wacquant (2007) ha visto como característica del actual gueto. Como corolario del proceso, se produce un acelerado proceso de despoblación, que contribuye a reforzar la degradación. Una de las principales consecuencias de este proceso es la configuración de espacios sociales cada vez más claramente diferenciados: por un lado, zonas que han experimentado procesos de gentrificación; por otro, zonas seriamente degradadas (las que coinciden con el citado proyecto de prolongación). Sobre estos espacios, contrapuestos pero interrelacionados, se configuran tanto imaginarios distintos como prácticas sociales segregadas. Como se ha puesto de relieve en otro lugar (García Pilán y Ruiz Torres, 2013), los espacios considerados como degradados se han configurado en la percepción de sus habitantes como "espacios del miedo"; espacios peligrosos que deben ser evitados. Cabe advertir al respecto que la emergencia del miedo no debe ser considerada como un efecto de importancia menor: como se ha puesto en evidencia en estudios recientes (Davis, 2001; Wacquant, 2007), el miedo se ha convertido en un factor decisivo de explicación de las dinámicas urbanas, y aquí ha servido tanto para estigmatizar al barrio desde el resto de ciudad (difundiéndose la imagen de un barrio peligroso), como para que numerosos habitantes del mismo asuman la visión externa de barrio estigmatizado y renuncien al uso del espacio público. Las políticas del miedo, en sus distintas facetas, son pues un factor de primer orden en el proceso de apropiación capitalista del espacio y de destrucción de formas de vida.

En definitiva, nos encontramos ante un patrimonio cultural rico pero despreciado, degradado y amenazado desde los poderes locales. En tal situación de malestar el conflicto es el más agudo de los surgidos en la ciudad de Valencia durante los últimos años. Como se apuntó en El Carmen, aunque las asociaciones festivas no suelen ser proclives al enfrentamiento con el poder político, la fiesta sí puede

ser un campo de enfrentamientos, de lo que El Cabanyal ha dado notables ejemplos, tanto en Semana Santa como en Fallas y en Moros y Cristianos (García Pilán, 2001; Santamarina y Moncusí, 2013: 114). Ahora bien, la oposición fundamental a la prolongación de la avenida ha venido de la mano del movimiento vecinal, aglutinado en torno a la Plataforma *Salvem el Cabanyal* (ver <http://www.cabanyal.com/>), que junto a otras iniciativas, como *Viu al Cabanyal* (<http://www.viualcabanyal.com/es/>) han sido definidas como “formas de contención del urbanismo neoliberal” (Santamarina, 2014). A la intensa actividad desplegada por dicha Plataforma hay que añadir la mantenida por otras entidades, como las Asociaciones de Vecinos y Vecinas de Cabanyal-Canyamelar y Pavimar, apoyados en múltiples movilizaciones e iniciativas por vecinos de otras entidades o de fuera del barrio, en una larga y desigual lucha que arranca desde 1998 y que ha sido detalladamente narrada por Cerveró (2014). No procede entrar aquí a analizar las estrategias de esta Plataforma y el resto del movimiento, que combinan la vertiente jurídica con la presencia en la calle (reprimida a veces con dureza extrema) y las actividades lúdicas y culturales (Santamarina, 2014), ni detenernos en sus articulaciones y semejanzas con otros movimientos del resto de la ciudad de Valencia (Cucó, 2009); lo que aquí nos interesa destacar es cómo, en su reivindicación de un derecho democrático a la ciudad que contrasta frontalmente con el modelo urbanístico dominante, este movimiento ha utilizado el patrimonio como arma, yendo mucho más allá que en el caso de la Muralla de El Carmen. Podríamos multiplicar los ejemplos, obtenidos tanto en entrevistas como en el análisis documental; como botón de muestra valga el siguiente texto:

“No hay duda de la importancia urbanística, histórica y cultural del pueblo. Aun así, no hay que decir que aquello que merece más atención es la gente que ha creado este entorno, que lo ha mantenido y que lo ama. Los habitantes del Cabanyal han vivido dentro de límites muy definidos, muy diferenciados de los cascos urbanos más próximos al Grao y Valencia. El vecindario ha sido siempre muy homogéneo, económicamente modesto, socialmente cohesionado, con vida e historia propias. Son estas circunstancias las que han dado origen a un patrimonio y unas tradiciones distintivas. Como toda toda población compacta, la del Cabanyal ha adquirido una personalidad singular, una manera de vivir característica donde las diversas piezas sociales encajan con naturalidad. Son las peculiaridades de las gentes del Cabanyal las que han creado estas calles rectas, estas casas coloristas, estos espacios de vida. Una vida diferente que enriquece la ciudad de la cual forma parte” (Cerveró, 2014: 24; traducción propia).

Es decir, el patrimonio ya no es sólo artístico, urbanístico o etnológico: el propio y cotidiano modo de vida es reivindicado como patrimonio en un entorno que sería el suyo de manera casi “natural”. Volviendo a inspirarnos en la tipología propuesta por Hernández Ramírez (2008), el tipo de movimiento patrimonialista surgido en el El Cabanyal respondería al tipo de “Plataformas de activación o entidades proyecto”, pues hablamos de movimientos que, rechazando la irreversibilidad de los proyectos globales, buscan, mediante nuevos proyectos de gestión del patrimonio, impulsar un proyecto de futuro. Los testimonios del pasado son utilizados como instrumentos simbólicos con los que se defiende la continuidad; desarrollándose propuestas (como las *Jornades Cabanyal Portes Obertes*, junto a muchos otros ejemplos que podrían aducirse: Santamarina, 2014) y modelos alternativos que implican ideas innovadoras sobre el modelo de sociedad y de ciudad que se pretende. El patrimonio no se defiende pues sólo como una simple medida compensatoria que oponer a las incertezas de la globalización, sino que “las plataformas contraponen la instrumentalización del mismo para promover la afirmación de la comunidad simbólica en un proyecto de futuro que se oponen a las

tendencias uniformizadoras y negadoras de la identidad” (Hernández Ramírez, 2008: 51). Ejemplos de esta lectura del pasado no nos faltan en el discurso de los vecinos más comprometidos:

“... una apetecible evolución social no implica necesariamente el olvido de ciertas características que vale la pena conservar. Muchos habitantes del Cabanyal, quieren ser continuadores, actualizándola, de la cultura creada por sus antepasados. No queremos renunciar a una vida urbana más colectiva, al contacto entre vecinos, a una herencia social más intensa, a la ocupación de la calle como espacio de comunicación, con libertad y sin opresiones. En definitiva, a una paisaje ciudadano más personal que pueda confirmar la frase del académico José Luis Sampedro: ‘El Cabanyal es una manera artística de vivir’” (Cerveró, 2014: 25; traducción propia).

Aunque con menor elaboración estilística, podríamos añadir afirmaciones muy similares extraídas de entrevistas (hemos utilizado algunas en García Pilán y Ruiz Torres, 2013). Pero lo importante es resaltar cómo encontramos así, con una pátina de estetización acorde con la modernidad, una abierta exigencia del derecho al uso del espacio público, que entronca con las clásicas reivindicaciones del “derecho a la ciudad” y contra la “injusticia espacial” derivada de la “nueva cuestión urbana” (Secchi, 2015). La reivindicación patrimonial pasa, así, de ser de una forma de lucha por la legitimidad cultural a un instrumento explícito de confrontación política. Es decir, un instrumento de cambio social.

CONCLUSIONES

Lo expuesto hasta aquí nos permite corroborar estudios como el de Díaz Orueta (2010) o Cucó (2009), que presentaban los movimientos urbanos surgidos en Valencia como producto de los graves desequilibrios provocados por las políticas urbanas desplegadas en la ciudad. Reducidas al mínimo las posibilidades de un diálogo participativo con el gobierno local, dadas las especificidades del régimen urbano impuesto por este, el conflicto se ha agudizado, en ocasiones hasta extremos violentos (especialmente en El Cabanyal). Ambos casos tratan problemas territoriales particulares y, desde este punto de vista, son conflictos locales de carácter aparentemente reactivo, pero en tanto que reproducen conflictos comunes surgidos del urbanismo neoliberal (especialmente agudizados en el caso tratado), y de que, en mayor o menor medida, cuestionan las formas de organización dominantes del espacio urbano, podemos encuadrarlos en la categoría de “movimientos sociales urbanos”, de un carácter (especialmente en el segundo de los barrios tratados) abiertamente proactivo. El carácter fuertemente localizado de los conflictos no debe pues llevarnos a confusiones: agudizada por las especificidades locales, la problemática es también global. Por otra parte, no hay que descuidar el componente de clase de estas luchas, como ha puesto de relieve Romero Renau (2014) al referirse a El Cabanyal. En todo caso, los intereses de los ciudadanos se enfrentan abiertamente a los del bloque inmobiliario, lo que contribuye a reforzar la interpretación de estos movimientos vecinales como movimientos sociales urbanos, en la ya clásica perspectiva mantenida en su día por Castells (1986). Sin embargo, los casos analizados permiten también insistir en la dimensión cultural de las luchas urbanas, que contribuye notablemente a esa revitalización de los movimientos sociales urbanos que se ha verificado en los últimos años (Martínez López, 2003). Desde esta perspectiva, también nuestro análisis viene a reforzar algo que se ha apuntado en estudios sobre otras ciudades: el papel de los discursos patrimoniales en los proyectos ciudadanos alternativos (Almisas Cruz, 2015).

El desplazamiento de la política valenciana hacia lo espectacular y la turistización, con un fuerte sesgo de clase social excluyente y exclusivo, no sólo se ha realizado en detrimento de importantes sectores

de la ciudadanía, sino que ha dejado de lado las políticas ligadas al fomento del patrimonio histórico valenciano como factor de cohesión simbólica, con consecuencias en ocasiones devastadoras: los nuevos iconos arquitectónicos se basan en la destrucción o el desplazamiento de lugares cargados de tradición e identidad, pero solo articulan identidades fragmentadas basadas en sentimientos contradictorios o ambivalentes. Mediante el urbanismo (el creado y el destruido) jerarquías sociales y jerarquías simbólicas se retroalimentan mutuamente, dentro de un espacio tanto social como simbólico cada vez más dualizado y fragmentado, produciéndose crecientes desigualdades estructurales en las posibilidades de apropiación de la herencia cultural, que tienen mucho que ver con el nivel democrático de la ciudad.

Dentro de la “nueva Valencia” de la Ciudad de las Artes y las Ciencias, los barrios con mayor patrimonio histórico han quedado relegados a un papel secundario y meramente decorativo, siendo El Cabanyal el barrio perdedor de la Valencia cosmopolita, no sólo en lo social sino también en lo cultural, ya que lo que se ha planteado es directamente su eliminación. Desde este punto de vista, El Cabanyal sirve para corroborar lo que se ha afirmado para otros barrios que han sufrido en más de un aspecto procesos similares, como el barrio del Bon Pastor en Barcelona: su supresión física supone la eliminación de un estilo de vida poco acorde con los modelos de sociabilidad y consumo neoliberales (Portelli, 2015). La sustitución de territorios identificadores por “no lugares” (Augé, 1998), tiene un carácter pues no sólo económico, sino también de control político.

Ahora bien, este urbanismo espectacularizado local interactúa con las configuraciones socioterritoriales preexistentes, y genera respuestas de diverso tipo (provenientes de luchas muy localizadas, críticas de asociaciones festeras, etc.), que evidencian cómo las dimensiones del fracaso de la “nueva Valencia” han abierto sus grietas. Pero donde estas son más evidentes ha sido en el seno de los nuevos movimientos vecinales, que se rearticulan sin perder del todo sus antiguas formas, en algunos casos de manera más quizás conservacionista y reactiva, como en el caso de El Carmen, y en otros de manera francamente politizada, como en el caso de El Cabanyal. De las entidades conservacionistas pasamos pues a las propuestas de futuro. La consideración de una herencia reinventada como patrimonio, no sólo material, sino también inmaterial, sirve como una estrategia de lucha por la justicia espacial. El conflicto cultural convierte así la lucha por el patrimonio, activada desde el seno de la sociedad civil, en reivindicación democrática frente a un urbanismo neoliberal depredador y creador de desigualdad.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

ALMISAS CRUZ, S. (2015), “Recuperando espacios y resignificando el concepto de patrimonio desde los movimientos sociales. El caso del CSOA La Higuera (Cádiz, Andalucía)”, *Documents d'Anàlisi Geogràfica*, 61/1: 91-112.

AUGÉ, M. (1998), *Los “no lugares”. Espacios del anonimato*. Barcelona, Gedisa.

BOIRA, J.V. (1987), *El Cabanyal-Canyamelar*, València, Ayuntamiento.

BOIRA, J.V. (2011), *Valencia. La ciudad*, Valencia, Tirant lo Blanch.

BORJA, J.(2013), *Revolución urbana y derechos ciudadanos*, Madrid, Alianza.

CASTELLS, M. (1986), *La ciudad y las masas*, Madrid, Alianza.

- CASTELLS, M. (1995), *La ciudad informacional*, Alianza.
- CERVERÓ, LI. (2014). *El Cabanyal, per exemple (1998-2013)*, València, Tres i Quatre.
- COLLADO CERVERÓ, F. (2007), *Abriendo puertas. Okupaciones en Valencia, 1988-2006*, Valencia, La Burbuja.
- CUCÓ GINER, J. (2009), “Los movimientos urbanos en la ciudad de Valencia: contexto y caracterización”, en *Zainak*, 31: 529-549.
- CUCÓ GINER, J. (2013), “Éxitos y perversiones en las fórmulas neoliberales. Los contrastes entre Barcelona, Bilbao y Valencia”, en CUCÓ GINER, J. (Ed.), *La ciudad pervertida. Una mirada sobre la Valencia global*, Barcelona: Anthopos: 213-232.
- CUCÓ GINER, J. (2014), “En aras de la globalización neoliberal: los barrios del Water Front de Valencia”, en *Sociologia Urbana e Rurale*, 104: 2-28.
- CUCÓ GINER, J.; YEYES BOU, T. (2013): “A la sombra de la Ciudad de las Artes y las Ciencias: gentrificación en Penya-Roja”, en CUCÓ GINER, J. (Dir.), *La ciudad pervertida. Una mirada sobre la Valencia global*, Barcelona, Anthopos: 41-65.
- DAVIS, M. (2001), *Más allá de Blade Runner. Control urbano: la ecología del miedo*, Bilbao, Virus,
- GARCIA, E. (2004), “La Valencia de Barberá: ni local ni sostenible”, en BORJA, J. Y MUXÍ, Z. (Eds.), *Urbanismo en el siglo XXI*. Bilbao. Madrid. Valencia. Barcelona. Barcelona, Universitat Politècnica de Catalunya.
- GARCÍA PILÁN, P. (2001), “Protestar en llenguatge festiu (el cas del Cabanyal)”, *La Roda del Temps*, 10, 82-86.
- GARCÍA PILÁN, P. (2010), *Tradición en la modernidad avanzada. La Semana Santa Marinera de Valencia*. Valencia: Museu Valencià d'Etnologia.
- GARCÍA PILÁN, P.; RUIZ TORRES, M.A. (2013), “Degradación, espectacularización y espacios del miedo: El Cabanyal”, en CUCÓ GINER, J. (Ed.), *Metamorfosis urbanas. Ciudades españolas en la dinámica global*, Barcelona: Icaria: 353-375.
- GÓMEZ FERRI, J. (2004), “Del patrimonio a la identidad. La sociedad civil como activadora patrimonial en la ciudad de Valencia”, *Gazeta de Antropología*, 20 En la Red: http://www.ugr.es/~pwlac/G20_09Javier_Gomez_Ferri.htm (consultado el 3-07-2015)
- HALBWACHS, M. (2014), *La topografía legendaria de los Evangelios en Tierra Santa*, Madrid: CIS.
- HARVEY, D. (2009), *Breve historia del neoliberalismo*, Madrid, Akal.
- HARVEY, D. (2013), *Ciudades rebeldes*, Madrid, Akal.
- HERNÁNDEZ MARTÍ, G.M.; TORRES PÉREZ, F. (2013), “El impacto de la Valencia glocalizada en el Centro Histórico popular”, en CUCÓ GINER, J. (dir.), *La ciudad pervertida. Una mirada sobre la Valencia global*, Barcelona, Anthopos: 19-40.

- HERNÁNDEZ RAMÍREZ, J. (2008), “Movimiento patrimonialista y construcción de la ciudad”, en FERNÁNDEZ DE ROTA J.A. (coord.), *Ciudad e historia: la temporalidad de un espacio construido y vivido*, Madrid, Akal: 39-60.
- JIMÉNEZ SÁNCHEZ, M. (2005), *El impacto político de los movimientos sociales. Un estudio de la protesta ambiental en España*, Madrid, CIS.
- LEFEBVRE, H. (1969), *El derecho a la ciudad*, Barcelona, Península.
- MARTÍNEZ LÓPEZ, M. (2003), “Los movimientos sociales urbanos. Un análisis de la obra de Manuel Castells”, en *Revista Internacional de Sociología*, 34: 81-104.
- MOIX, LI. (2010), *Arquitectura milagrosa*, Barcelona, Anagrama.
- MONTESINOS MARTÍNEZ, J. (2006), “Patrimonio Histórico-artístico y participación ciudadana. Alrededor de la Ciutat Vella de Valencia”, en PIQUERAS, N. (coord.), *Societat i Patrimoni*, vol. 2, València, Universitat de València: 91-114.
- MUÑOZ, F. (2008), *Urbanización. Paisajes comunes, lugares globales*, Barcelona, Gustavo Gili.
- NORA, P. (Dir.) (1984), *Les lieux de mémoire*, Paris, Gallimard.
- PECK, J.; THEODORE, N.; BRENNER, N. (2009). “Neoliberal Urbanismo: Models, Moments, Mutations”, en *SAIS Review of International Affairs*, 29, 1: 49-66.
- PORTELLI, S. (2015). *La ciudad horizontal. Urbanismo y resistencia en un barrio de casas baratas de Barcelona*. Barcelona: Bellaterra.
- ROMERO REANU, L. del (2014), “Análisis comparativo de conflictos territoriales: el caso de Poblat Marítims (Valencia, España) y el distrito Soud-Ouest (Montreal, Canadá)”, en *Boletín de la Asociación de Geógrafos Españoles*, 66: 83-104.
- RUIZ TORRES, M.A.; GARCÍA PILÁN, P. (2013), “Disolución del lugar y espacios del miedo en El Cabanyal”, en CUCÓ GINER, J. (Dir.), *La ciudad pervertida. Una mirada sobre la Valencia global*, Barcelona, Anthropos: 67-92.
- SANTAMARINA CAMPOS, B. (2014), “El oficio de la resistencia. Salvem y Viu al Cabanyal como formas de contención del urbanismo neoliberal”, en *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, LXIX, 2: 305-326.
- SANTAMARINA CAMPOS, B.; MONCUSÍ FERRÉ, A. (2013a), “De huertas y barracas a galaxias faraónicas. Percepciones sociales sobre la mutación de la ciudad de Valencia”, en *Papers*, 98, 2: 365-391.
- SANTAMARINA CAMPOS, B.; MONCUSÍ FERRÉ, A. (2013b): “El ensueño de Valencia y sus imágenes”, en CUCÓ GINER, J. (Dir.), *La ciudad pervertida. Una mirada sobre la Valencia global*. Barcelona: Anthropos, 95-116.
- SECCHI, B. (2015), *La ciudad de los ricos y la ciudad de los pobres*, Madrid, La Catarata.
- SOJA, E.W. (2014). *En busca de la justicia espacial*, Valencia, Tirant Humanidades.

SORRIBES, J. (2015). Valencia 1940-2014: Construcción y destrucción de la ciudad. València, Universitat de València.

TORRES PÉREZ, F. (2007), *Nous veïns a la ciutat. Els immigrants a València i a Russafa*, Valencia, Publicacions de la Universitat de València.

TORRES PÉREZ, F.; GARCÍA PILÁN, P. (2013), “La ciudad ocultada. Desigualdad y precarización en la Valencia global”, en CUCÓ GINER, J. (Dir.), *La ciudad pervertida. Una mirada sobre la Valencia global*, Barcelona, Anthopos: 153-175.

WACQUANT, L. (2007), *Los condenados de la ciudad*, Buenos Aires, Siglo XXI.